

Un nuevo *crucificado* de José María Rodríguez de Losada en una comunidad religiosa sevillana

Álvaro Cabezas García
Universidad de Sevilla

En uno de los corredores que desemboca en el patio del colegio mayor La Luz, perteneciente a la congregación de Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, con sede en la calle Cervantes de la ciudad de Sevilla, se conserva colgado de una de las paredes un lienzo que representa a Cristo Crucificado en el Monte Calvario. En el ángulo inferior izquierdo puede percibirse la inscripción «Rodrig de Losada» [1], que supone la firma del pintor José María Rodríguez de los Ríos y de Losada (Sevilla, 20 de julio de 1826-Jerez de la Frontera, 2 de abril de 1896)¹.

La producción de este artista ha sido en varias ocasiones reseñada por la historiografía, pero debido a lo copioso de la misma, a veces se ha optado por registrar y analizar solo aquellos aportes de su catálogo que fueron premiados en concursos oficiales o que obtuvieron mayor alcance debido a su temática. En ese sentido, el género que le granjeó los laureles de la crítica fue el de la pintura de historia, tan recurrente durante la segunda mitad del siglo XIX. Por el contrario, la de carácter religioso o devocional que realizó es considerada la vertiente artística menos atractiva de todas las que practicó². Es seguramente por eso por lo que determinadas piezas de este tipo se descubren aún hoy, y con frecuencia, en colecciones particulares o en el tráfico del mercado artístico³. El *Crucificado* que aquí se estudia por primera vez podría ser un ejemplo más de todo esto.

Desde sus inicios como pintor se ponderó su capacidad para componer grandilocuentes escenas del glorioso pasado hispánico, actuando de forma no del todo rigurosa al pulsar o acentuar aquellos aspectos o detalles relacionados con la emoción y la necesidad de representación de la joven nación española. Demostrando gran inteligencia y aprovechamiento de las oportunidades presentadas, Rodríguez de Losada impresionó a los jurados de los distintos concursos al hacer especial hincapié en aquellos episodios

que podían responder mejor a la exaltación de los valores de pertenencia a los núcleos urbanos donde vivió a lo largo de su vida: Sevilla, Córdoba, Cádiz, El Puerto de Santa María y Jerez de la Frontera. De esta forma, cuadros como *La conquista de la ciudad de Córdoba por Fernando III el Santo*; *El rey moro de Sevilla entrega a San Fernando las llaves de la ciudad* (premiado en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1858); *La reconquista de Cádiz por Alfonso X el Sabio*; *La entrega de las llaves de El Puerto a Alfonso X el Sabio*; *Garci Gómez del Carrillo en la defensa de Jerez de la Frontera* (premiado en la Exposición de Jerez de 1862); *La batalla de Alcolea*; *Los caballeros jerezanos escribiendo a D. Sancho el Bravo con la sangre de uno de ellos llamado Amalla para que les envíe auxilios al fin de defenderse de los árabes acaudillados por Aben Jusef*; *La decapitación de D. Álvaro de Luna*; o *Santiago en la batalla de Clavijo* (premiado en la Exposición Nacional de 1866); ilustran diferentes momentos de la reconquista cristiana de la Península Ibérica en plena concordancia con el interés que latía en toda España por el conocimiento de las bases de su identidad religiosa, así como los antecedentes de los estamentos a los que pertenecía con orgullo: las órdenes de Santiago y del Santo Sepulcro, que hizo en ocasiones protagonistas ficticias de sus cuadros⁴. En cuanto al gusto por los lustrosos capítulos del nacimiento del Imperio español con el entroncamiento de la monarquía hispánica con la Casa de Austria y el descubrimiento de América, Rodríguez de Losada llevó al lienzo *El Gran Capitán ante el cadáver de su adversario el Duque de Nemours*; *Boabdil conducido ante Fernando el Católico*; *Hernán Pérez del Pulgar ante Isabel la Católica en la conquista de Granada*; *Cristóbal Colón ante los Reyes Católicos*; *Entrevista de Colón con Isabel la Católica*; *Colón en la Rábida*; *Cristóbal Colón descubriendo América*; *Muerte de Cristóbal Colón*; *Retrato*



1. José María Rodríguez de Losada, *Cristo Crucificado*, detalle de la firma, Colegio Mayor La Luz, Sevilla

de Juana la Loca ante el cadáver de su esposo; *El entierro de Carlos V*; u *Homenaje a la virtud del cardenal Cisneros*.

Un interesante aspecto tratado por Rodríguez de Losada es su elección constante por temas que encontraban su referencia en la historia del arte o de la literatura. *Muerte del escultor Torrigiano en las cárceles de la inquisición de Sevilla*; *Quevedo leyendo su epigrama contra el Conde-Duque de Olivares ante la Tertulia Íntima de Felipe IV* (premiado en la Exposición de Cádiz de 1856 y en la de Jerez en 1858); *Murillo copiando el grupo de Santa Isabel por el modelo*; *Murillo tras la caída en la iglesia de Capuchinos de Cádiz*; o *D. Juan Valdés Leal, inspirándose en un panteón para pintar el cuadro que se conserva en la iglesia de la Caridad de Sevilla* (premiado en la Exposición de Cádiz de 1854 y en la Nacional de 1858), prueban la preferencia estética de un artista cuyo nivel de erudición indica que se veía a sí mismo como el último eslabón de una cadena memorable desde el punto de vista cultural⁵.

El tema de la muerte o el gusto por lo tétrico que se ponen de manifiesto en obras como *Una viuda encuentran el cadáver de su esposo en un campo de batalla* (pre-

miado en la Exposición de Sevilla de 1858) o en la *Muerte de las Santas Justa y Rufina* (premiado en la Exposición de Cádiz de 1862), parece presidir formalmente el lienzo de *Cristo Crucificado* [2] que ahora se estudia por vez primera. Con un estado de conservación aceptable –solo aparecen algunos abombamientos en la zona baja de la derecha del lienzo y alguna laguna testimonial–, puede apreciarse con nitidez la técnica del artista. Por una parte, ha utilizado una pincelada muy suelta para el escenario donde se halla el crucifijo –el Gólgota–, pero por otra, una muy minuciosa para la anatomía de Cristo así como para el santo madero. Así, mientras que en el fondo de la composición el nuboso firmamento se confunde con el horizonte a causa de lo compacto y agobiante de la atmósfera, el Redentor cuelga muerto y sangrante en primer término y en absoluta soledad. Su carne se descubre muy pálida, tal y como si Rodríguez de Losada quisiera plasmar los momentos en los que torna el color tras la muerte. A pesar de este cruento detalle –y de algún otro más como la disposición de los dedos de Cristo, vueltos hacia la palma como consecuencia del *rigor mortis*–, el resto del cuerpo aparece lleno de

sosiego y belleza. No obstante, algunos crucificados análogos se han creído inspirados por las formas de Zurbarán y de Miguel Ángel –con el primero por el violento colorido, con el segundo por la hercúlea anatomía–, este más bien parece tomar el modelo de determinada estatuaría propia del inicio del naturalismo en el ámbito occidental andaluz. La manera en que se suspende desde la cruz, la caída casi ingravida que se sugiere y la poca correspondencia del martirio con los efectos en la casi limpia anatomía, así lo indican: tras una disposición frontal del torso, las extremidades inferiores se tienden un poco hacia la izquierda del eje con naturalidad y gracia. Además, la factura del paño de pureza, con pliegues finos y caídos desde el recogido en el costado derecho hacia el izquierdo y los que penden grácilmente agitándose moderadamente por el viento de la tarde del Viernes Santo aportan calidad y viveza a la pintura. Rodríguez de Losada consigue aquí una armónica unión de contrarios: un punto de paz en medio de un paisaje encrespado, de tonos ocre y oscuros, y lleno, en definitiva, de desesperanza y expresividad. La sangre cae con mesura del costado, pero la roca sobre la que se clava la cruz aparece rota, despiezada y encrespada. Es por tanto un cuadro devocional, que reúne valores místicos y ascéticos –adecuado para satisfacer el culto particular a la hora de presidir un hogar o una capilla doméstica–, pero está lejos de las formas convencionales que se daban por entonces. Rodríguez de Losada deja su impronta, su reconocible estilo o su original enfoque con elementos inéditos en otros autores, como pueden ser la singular disposición del INRI –escrito sobre lo que parece un lienzo y asegurado con descuido en el *stipes*–, o el refuerzo que coloca en el suelo junto a la cruz con la función de asegurarla. Solo la cabeza de Cristo –o más bien su relación con el resto del cuerpo–, parece rubricar la crítica de la irregularidad que subyace en el conjunto de la producción de este artista, apodado en vida el «Luca *fa presto*» del siglo XIX a razón de la celeridad que empleaba en la ejecución de sus cuadros, sobre todo en los de pequeño formato.

Es bastante probable que este *Crucificado* formara parte de la treintena de pinturas del mismo tema que expuso en el establecimiento de venta de antigüedades y objetos de arte de Francisco Casas Pellicer, situado en la calle Lancería de Jerez de la Frontera⁶. Tomando como modelo el *Cristo de la Lanzada* (firmado en 1886 y conservado en una co-



2. José María Rodríguez de Losada, *Cristo Crucificado*, Colegio Mayor La Luz, Sevilla

lección particular de Jerez), realizaría esta y otras pinturas análogas por los mismos años para venderlas en medio de las celebraciones de Semana Santa⁷. La congregación de las Esclavas del Sagrado Corazón no llegó a Sevilla hasta 1895, un año antes de la muerte de Rodríguez de Losada en Jerez y seguramente traería el cuadro consigo. Así, como una suerte de «síntesis barroca-romántica»⁸, este artista se muestra en esta y otras pinturas como un ávido ecléctico de distintas influencias: las pasadas –los grandes maestros de la pintura española–, y las coetáneas –Eduardo Cano o Valeriano Domínguez Bécquer–. Con ello consiguió un vida de éxitos y un perfil único en la pintura de su época.

Notas

- 1 Los primeros juicios emitidos sobre este pintor fueron los de OSSORIO Y BERNARD, Manuel, *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, 1883-1884. Madrid, Giner, 1975, p. 589; MÉNDEZ CASAL, Antonio, «El pintor Losada», *Revista Raza Española*, n.º 41, 1922, pp. 47-72; y CUENCA, Francisco, *Museo de pintores y escultores andaluces contemporáneos*, La Habana, 1923, p. 319. Con posterioridad fue estudiado convenientemente por VALDIVIESO, Enrique, *Pintura sevillana del siglo XIX*, Sevilla, 1981, pp. 96-98; VALDIVIESO, Enrique, *Historia de la pintura sevillana, siglos XIII al XX*, Sevilla, Guadalquivir Ediciones, 1986; 3ª edición: Sevilla, Guadalquivir Ediciones, 2002, pp. 417 y 418. A partir de ahí, fue objeto de distintas publicaciones, algunas lo trataron desde el plano local, sobre todo desde Jerez de la Frontera: BANDA Y VARGAS, Antonio de la, «La pintura jerezana en el siglo XIX», *Archivo Español de Arte*, n.º 273, 1996, pp. 90 y 91; CABALLERO RAGEL, Jesús, «El pintor José María Rodríguez Losada (Sevilla, 1826-Jerez 1896)», *Revista de Historia de Jerez*, n.º 9, 2003, pp. 191-198; PÉREZ CALERO, Gerardo, «El pintor José María Rodríguez de Losada (1826-1896) y la Orden de Caballería del Santo Sepulcro», en *Actas de las IV Jornadas de Estudio La Orden del Santo Sepulcro*, Zaragoza, Calatayud, Centro de Estudios de la Orden del Santo Sepulcro, 2004, pp. 417-430; ROMERO COLOMA, Aurelia María, *Aproximación al estudio de la personalidad artística de José María Rodríguez de Losada*, 2005. También aparece en catálogos y estudios recopilatorios como los de PALOMO, Bernardo, *La pintura en Jerez: revisión histórica*, Jerez, Ayuntamiento de Jerez, 1998, pp. 32-36; y CABALLERO RAGEL, Jesús, *Exposiciones y artistas en el Jerez del XIX: las exposiciones de la Sociedad Económica Jerezana*, Jerez, Ayuntamiento de Jerez, pp. 238-254.
- 2 Además de los géneros histórico y religioso, Rodríguez de Losada acometió en su más temprana etapa la pintura costumbrista imbuido por el ambiente artístico sevillano, deudor del murillismo en las formas. A ese respecto, *vid.* su *Pareja de majos*; *Pareja de Manolas*; *Retrato de un torero*, etc... La pintura de tema social o alegórico la emprendió puntualmente a lo largo de su trayectoria. A ese respecto, quizá su mejor ejemplo artístico sea el lienzo *Drama conyugal*. Por último, habría que decir que ejecutó un numeroso grupo de retratos, sobre todo de la preeminente burguesía que trató en sus estadias en Cádiz, Jerez de la Frontera o El Puerto de Santa María.
- 3 En el momento en que escribía estas líneas no menos de cinco casas de subastas anunciaban la venta por Internet de obras de Rodríguez de Losada, casi todas de asunto religioso. Me resultó de especial interés comprobar que se vendían dos *Crucificados* análogos al que aquí se estudia. *Vid.* José María Rodríguez de Losada: Crucificado. En: <http://www.subastassegre.es/lote-dsp/pint-siglo-xix-255/> (fecha de consulta: 14-4-2015). Las medidas ofrecidas son 51 x 32,3 cm; y José María Rodríguez de Losada (español, 1826-1896): *La Crucifixión*, 1842, en: <http://www.artnet.fr/artistes/jos%C3%A9-maria-rodr%C3%ADguez-de-losada/1a-crucifixion-6O4YARdFtZ18pjZOifPKTvw2> (Fecha de consulta: 14-4-2015). Las medidas son, en este caso, 90,6 x 55,1 cm PÉREZ CALERO, Gerardo, «El pintor José María Rodríguez de Losada...», p. 418, da cuenta de un *Crucificado* subastado en 1995.
- 4 Esta faceta fue tratada por PÉREZ CALERO, «El pintor José María Rodríguez de Losada...», pp. 417-430. CABALLERO RAGEL, «El pintor José María Rodríguez Losada...», p. 191: «Gustaba vanagloriarse de su pasado noble y se vestía con el hábito del Santo Sepulcro todos los Viernes Santos para acompañar a la hermandad jerezana del Santo Entierro. Verlo desfilar en dicha cofradía representaba todo un acontecimiento popular que nadie quería perderse».
- 5 *Ibid.*, p. 191 resalta que era conocida su pasión por la adquisición de antigüedades y que por su contribución a la pintura fue nombrado académico correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid.
- 6 *Ibid.*, p. 192. VALDIVIESO, *Pintura sevillana del...*, p. 96, afirma que tiene «escasa convicción con respecto a las devociones representadas», seguramente a causa de este hechura casi serial.
- 7 Otro de estos crucificados se guarda en la colección particular de Fernando Cano Romero.
- 8 La expresión es de PÉREZ CALERO, «El pintor José María Rodríguez de Losada...», p. 424.